

La España que pudo ser

Alfonso J. Vázquez

El primer cuadro, de Gispert, recuerda el asesinato de Padilla, Bravo y Maldonado al fracasar su defensa de la libertad frente al dictador venido de Gante. El primer ajusticiado yace decapitado en el suelo; su cabeza se enseña a la multitud. Los otros dos que esperan desdeñan las patrañas que los religiosos que les rodean les cuentan. Cruzados los brazos el uno, las manos a la espalda el otro, mantienen esa actitud de serenidad propia de quien ha presidido su vida por la honradez y la dignidad. “Amé la justicia y aborrecí la iniquidad, por eso muero en el destierro”, se lamentó Publio Ovidio Nasón, por no callar ante el poder. No hubo esa clemencia en Carlos I. Esta obra está en las Cortes escondida en una escalera secundaria impidiendo a los Diputados que les pagamos para defender nuestras libertades.



Los fusilamientos del 2 de mayo, de Goya, ilustran el gran error histórico del pueblo español que se alzó con ridículo patriotismo cuando tras abdicar Carlos I en su golpista hijo, Fernando VII este, sin respaldo de Napoleón devolvería el trono a su padre que se lo cedió



“legalmente” a Napoleón que se lo dio a su hermano José I, Rey de Nápoles, donde había hecho un excelente trabajo. Un insensato “patriotismo” llevó al pueblo de Madrid a levantarse contra las fuerzas francesas que camino de Portugal defendían la “legalidad”, según las costumbres de la época de esta herencia

La expresión del fusilado, su camisa blanca llama la atención y asume la derrota. Triste resultado

será su asesinato víctima de su alienación: sentirse obligados a defender a los Borbones. Su actitud inmundada les hacía acreedores a ocupar su sitio. Esa víctima es el pueblo tan leal como engañado que cuando volvió el rey más felón de la historia de España le acogería al grito de “vivan las caenas” y cortaría el tiro a los caballos para ser ellos los animales que ocuparan su lugar tirando el carro que llevaba al más felón de todos los Borbones.

Debida al mismo pincel de Gispert el fusilamiento del General Torrijos en la playa de Málaga, que se puede apreciar en el Museo del Prado, recoge otro intento fallido de

defenderse frente a la dictadura monárquica cuyo atropello a las libertades del pueblo es su esencia y su razón de ser y por ello recibe el apoyo de los poderes fácticos.

También aquí yacen en primer lugar varios de los defensores de la libertad, sus cuerpos sin vida tirados por el suelo. El fraile lee una salmodia a las que nadie hace caso. Algunas próximas víctimas tienen ya los ojos tapados; la mayoría se niega a esa última humillación dispuestos a mirar con honroso desprecio a sus asesinos, que con su uniforme



de matar se encuentran en el fondo del cuadro desdibujados como corresponde a quien ha de ejecutar un acto tan indigno: matar a un semejante precisamente por ser decente.

Un cuarto cuadro, el famoso Guernica de Picasso, nace de un encargo hecho en 1937



por el Gobierno de la Segunda República para el pabellón español en la Exposición de París, con España inmersa en la II Guerra mundial, aunque no reconocida como tal, porque en ella participaron los ejércitos alemán, al servicio de un régimen nazi, e italiano, al servicio de un régimen fascista, en apoyo de los golpistas dirigidos por Serrano, Franco, Mola y Varela, que al fracasar el golpe militar no dudaron en

iniciar esa guerra.

El bombardeo de Guernica fue llevado a cabo por la Legión cóndor alemana, en cuyo haber hay muchos más bombardeos de la población civil. El dramatismo de la salvajada de la guerra que representa bajo la mirada indiferente del ojo divino ha hecho de él el icono del pacifismo, del rechazo a la violencia de la que sólo nace la desgracia fruto de la incapacidad para el diálogo sosegado y racional. Expuesto por todo el mundo sirvió para recaudar fondos para el bando republicano y para los refugiados que salían de las fronteras españolas, dos aplicaciones realmente éticas.

Un quinto cuadro, Duelo a garrotazos, de Goya, cierra esta visión pictórica de España. Representa lo que ya estamos viendo, la violencia que surge de la falta de un diálogo inteligente que resuelva la divergencia en los puntos de vista y sepa hallar una solución ponderada que supere el error de las posiciones extremas. Hay una realidad que se sigue dando con claridad: los insultos, la descalificación sigue en una derecha que atiende a las emociones frente a la izquierda que propone un programa social para el progreso colectivo, sobre todo de los más necesitado que son con los que el Estado está más obligado. Ojalá que esta vez el electorado, más culto hoy que el de ayer, pero menos que el de mañana, actúe de modo racional y apoye el diálogo frente al garrotazo sin que le enajene el mensaje del enfrentamiento.

